

Crece en la Oración

6

**Roberto
de Grandis, s.s.j.**



ROBERTO DE GRANDIS, S.S.J.

Crece

en la

Oración

EDICIONES PAULINAS

Colección

RENOVACION

6

Con las debidas licencias

© EDICIONES PAULINAS

. Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Impresor: Pfa Sociedad de San Pablo

. Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.); Chile
La Florida, junio de 1988

Impreso en Chile — Printed in Chile

PRESENTACION

En sus conferencias, el P. Roberto de Grandis, S.S.J., completa el material de sus publicaciones. De estas charlas he sacado unas notas sobre la oración, que deseo iluminen nuestro "Crecer en la Oración".

El aceptar las dos actitudes fundamentales de Jesús: su amor y su confianza en mi, se produce necesariamente una mayor abertura a Dios, y en consecuencia, se facilitará nuestro diálogo y oración con El. El abrirnos al Espíritu de Dios, nos transforma, nos sana, nos eleva cada día más a la plenitud del amor.

Te pido Señor, que por tu Espíritu, ilumines los corazones de cada uno de mis hermanos que lean estas páginas y coloques en ellos tu sabiduría, y así alcancen un mayor contacto de amor en su oración.

R. V.

1. JESUS TE AMA

Muchos de nosotros nos parecemos a los hombres de la parábola que cuenta san Mateo en el Capítulo veinte de su Evangelio: esperamos recibir el amor de Dios en proporción a nuestros merecimientos; pero el Señor nos ama porque somos nosotros, no por nuestro trabajo.

Es difícil para nosotros entenderlo porque desde pequeños, en el hogar y en la escuela, hemos tenido la aceptación de los demás cuando hacíamos cosas buenas y cuando obteníamos buenas calificaciones. En cambio, cuando actuábamos con egoísmo o rebeldía se nos hacía sentir el rechazo. Hemos aprendido que se cosecha lo que se siembra y que el que fracasa es rechazado, y tememos que el Señor reaccione en la misma forma. Y eso nos desalienta.

Pensamos: "el Señor ve lo que hice, mi falta de paciencia con mis hijos, no puede amarme". "A mí no me agrada ser como soy, los demás tampoco me quieren, el Señor —no puede quererme". Mi esposa no me ama, mis hijos no me aman, el Señor no me

ama". Y el niño piensa: "Mis padres no me aman porque soy tan malo, ¿cómo podría amarme Dios?" Así es como la gente se deprime y se siente rechazada. En este evangelio el Señor nos dice: "Los amo independientemente de lo que hacen, o no hacen, porque soy generoso en mi amor".

Un padre, cuyo hijo presentaba problemas de conducta, decidió ocuparse del niño y se fijó un programa: cada día se sentó junto a él a leerle historias de la Biblia, y le decía que Dios lo amaba cuando era bueno y también cuando era malo, así como él, que era su padre, lo seguía amando siempre. En pocas semanas la conducta del o cambió por completo.

Starr Daily era un criminal, condenado a varios años de cárcel. Una noche, encontrándose en una celda de castigo, lleno de odio y resentimiento, tuvo una visión de Jesús que lo contemplaba con su amor inimaginable; experimentó ese amor de Jesús y su vida se transformó. Comenzó a hablar a los demás presos del amor de Jesús, y, una vez libre, recorría las prisiones para hacer lo mismo. Ha escrito varios libros en los que cuenta su ministerio.

Debería ser un proceso natural para todo cristiano el llegar al conocimiento de Jesús y de su amor. El Señor quiere enseñarnos, sanarnos y cambiamos. Su amor es generoso, sus pensamientos no son como nuestros pensamientos ni sus caminos como los nuestros (Is. 55,8).

El Señor está presente en nosotros a causa de su amor; no es el hecho de ser buenos lo que nos abre al amor del Señor, sino el mero hecho de que somos nosotros mismos. Y si estuvo presente en cada momento de nuestra vida, desde que estábamos en el seno materno, también en esta semana que comienza, y donde quiera que vayamos el Señor nos acompañará. Podemos experimentar una nueva manera de caminar cristiano si al viajar, trabajar, estudiar, etc., nos volvemos a menudo al Señor para decirle lo que pensamos y sentimos de las cosas, lo que nos molesta o preocupa, y para obtener su consejo y su ayuda en las dificultades, porque nos ama y está presente (Jn. 14,23).

El Señor nos llama a todos a ser sus discípulos y esto supone una entrega radical: es todo o nada. En el Bautismo se marca una cruz en la frente del niño, señalándolo como discípulo, y más tarde, en la Confirmación,

el mismo niño asume su compromiso. Pero ahora podemos renovar esa entrega, pedir al Señor que sea el centro de nuestra vida y que nos llene con el Espíritu del Dios vivo, el Espíritu Santo, para que seamos poseídos por Dios.

Cuando nos entregamos a Cristo él nos llama a caminar en fe y oración. La fe y la oración son como la sustancia y el corazón de la vida cristiana. El discipulado radical, el seguimiento de Cristo, es un llamado a caminar todo el día en fe y oración.

Debemos orar por todas las personas necesitadas que encontramos cada día; trabajar por ellas y orar pidiendo al Señor que les dé todo lo que nuestro esfuerzo no puede darles. Orar por todas aquellas cosas de que el Señor vino a liberar, a salvar. El Señor espera que intercedamos por los que se extravían, por las personas que recordamos mientras oramos, para que lleguen a una relación personal con Jesús.

Charles y Frances Hunter cuentan en uno de sus libros cómo oraron durante años por un hijo que se había alejado de Dios; incansablemente repetían: "Señor, salva a Tom". Hasta el día en que, encontrándose a mu-

chos kilómetros de distancia, Tom volvió a Dios.

La oración surte efectos. Podemos pedir al Señor que nos quite la cólera cuando estamos a punto de perder la paciencia y que nos dé amor. De otro modo, ¿cómo podríamos amar a los que nos ofenden? La oración tiene poder para transformar a las personas, comenzando por nosotros mismos. Hay una promesa: "Si en la tierra dos de ustedes unen sus voces para pedir cualquier cosa, estén seguros que mi Padre en los cielos se la dará" (Mt. 18,19).

Es necesario caminar todo el día con el Señor: "Permanezcan en mí y yo permaneceré en ustedes" (Jn. 15,4). Comenzar en la mañana con un rato de oración a solas para hablarle de corazón a corazón. Esto nos habituará a su presencia de modo que en cualquier momento podremos volvernos hacia él y hablarle. Pero esta vida de fe y oración viene de una entrega radical que pone a Jesús como centro de la vida. Esa entrega se vive en la fidelidad a la oración diaria porque la fe y la oración son como los dos pies con que se camina, y el caminar cristiano es difícil porque se trata de todo o nada, es radical.

Pidamos al Señor que nos llene con el sentimiento de su presencia en nosotros, y nos comunique su Espíritu, para que podamos vivir cada instante de la vida entregados totalmente a él.

2. JESUS CONFIA EN TI

Jesús vino a darnos paz, gozo, amor: es la salvación que alcanzamos cuando creemos en él y llegamos a conocerlo como persona.

Nos dicen que debemos creer en Jesús, pero eso es sólo la mitad; porque Jesús cree en nosotros, confía en nosotros y, en cierta manera, esto es lo que más importa. El nos conoce y nos ama, confía en nosotros y nos acepta tal como somos, con nuestros sentimientos, culpas, auto-compasión, etc. Y esta aceptación suya nos sana.

Para librarnos de nuestro egoísmo tenemos que amarnos y aceptarnos. Jesús quiere que estemos contentos con nosotros mismos, que seamos nosotros, no que tratemos de ser otra persona. Si nos sentimos indignos de ser amados, sólo intelectualmente creeremos que Dios nos ama; emocionalmente no lo creeremos. Necesitamos ser curados de nuestra no-aceptación, del rechazo de nosotros mismos y la poca estima en que nos tenemos.

Al tocar al Señor en la oración o en los sacramentos, creamos como la mujer del

Evangelio (Mt. 9,21) que ser mos sanados, y lo seremos aunque no en forma instantánea, pues será un proceso.

La mayor parte de nuestros problema viene de nosotros mismos y de la imagen que tenemos de nosotros. El Señor que dijo "Pidan y se les dará" (Mt. 7,7) puede cambiar esa imagen y hacer que nos veamos como personas buenas, amables, responsables. Al cambiar nuestra actitud negativa veremos mejorar aún nuestro estado físico.

Volvamos ahora hacia el Señor, que es amor, pidiéndole que nos llene de su Espíritu para que él nos enseñe a conocer a Jesús y a conocernos por lo que valemos. Que Jesús sea todo en nuestra vida, y creamos en él, y sepamos que él cree en nosotros y que debemos seguirlo.

Hace dos mil años Jesús nos enseñó a ser felices. En él se encontraba todo lo que es humano y todo lo divino. Y él nos pregunta: "¿Quién dices que soy para ti? En tu vida, ¿qué significa?". Cada cristiano tendría que responder: "Tú eres el Señor de mi vida, la motivación y el centro de mi existencia".

El Señor vino a llamar a todos los hombres a una profunda fe y confianza en él porque es el Mesías, el liberador. Al aceptarlo nos hacemos más y más libres. Jesús es salvador de muchas maneras. A menudo nos libra de peligros sin que ni siquiera nos demos cuenta, nos protege de cosas que nos dañan y nos hacen infelices, nos "libra del mal" como pedimos repetidamente en el Padre nuestro.

Los médicos reconocen las limitaciones de la medicina, no sólo ante las enfermedades físicas sino aun más cuando se trata de liberar a alguien de problemas psicológicos que se relacionan con lo físico y lo espiritual. Sólo Jesús puede entrar en nuestra vida y liberarnos de cualquier clase de problemas: sociales, económicos, físicos, psicológicos, espirituales, etc., porque es nuestro Salvador.

El cristianismo, el Nuevo Testamento, no consiste en creer en Jesucristo al que un día encontraremos en el cielo, sino en creer en Jesucristo resucitado que podemos encontrar ahora en felicidad, y el que nos hace capaces de comunicar a otros el amor y la paz.

Creemos que las familias pueden vivir en armonía, que la gente puede verse libre de la inseguridad y del sentimiento de culpabilidad, que las relaciones sociales pueden alcanzar un nivel en el que predomine el respeto a las personas y todos puedan vivir juntos en mutuo amor y consideración.

El Señor puede liberarnos en el presente y liberarnos del pasado que aún vive en nosotros con sus gozos y penas, sus traumas y heridas. El Señor quiere sanarnos de esas experiencias dolorosas que afectaron quizás nuestra niñez perturbando el crecimiento emocional. Todo eso que está todavía con nosotros, el Señor quiere sanarlo. ¿No es ésta una Buena Noticia?

3. CRECIENDO EN LA ORACION

"Y el niño crecía, se desarrollaba y se hacía cada día más sabio" (Lc. 2,39).

Jesús era Dios, pero creció como cualquiera de nosotros y fue comprendiendo las cosas. Comprendió quién era él y cuál era su misión como Mesías. También nosotros crecemos en la comprensión de quiénes somos nosotros mismos, quién es Jesús, y qué son los demás en su relación con nosotros. No crecer, no progresar, es como ir hacia atrás.

Todo crecimiento en la vida psicológica supone una profundización del amor a nosotros mismos. Y esto es importante porque la actitud para cada uno mismo, para con los padres y hermanos, es una pre-condición para experimentar el crecimiento en la vida espiritual. Los sentimientos de culpa, las heridas y penas, las actitudes negativas en relación con nosotros mismos, con Dios y con los demás, necesitan ser sanadas para que se pueda crecer. Por eso el crecimiento está en relación con la curación interior.

Por *crecimiento* queremos decir que la vida de Cristo está creciendo en nosotros: "Yo soy la Vid y ustedes las ramas" (Jn. 15,5). "Permanezcan en mí y yo permaneceré en ustedes" (Jn. 15,4). El mismo Espíritu que anima a Jesús nos da vida a nosotros; el Espíritu que da a Jesús comprensión y amor de sí mismo, del Padre, de los hermanos, está en nosotros como la savia en la vid, nos enseña y guía.

Vamos a referirnos a tres aspectos del crecimiento espiritual que llamaremos: posesión, percepción, y comprensión profunda.

a) Posesión

Juan Bautista dijo: "es necesario que él crezca y que yo disminuya". Eso es lo que queremos significar por "posesión". No es que nosotros tengamos el Espíritu sino que el Espíritu nos tiene, nos posee, le damos más y más lugar en nuestra vida; somos más sensibles a sus mociones, especialmente a los dones de sabiduría y conocimiento.

El Señor dice: "Yo soy la Luz del mundo" (Jn. 8,12). Y también dice: "Ustedes son luz para el mundo" (Mt. 5,14), "debe brillar

su luz ante los hombres para que vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre de ustedes que está en los cielos" (Mt. 5,16). El mismo Espíritu de Cristo es Espíritu de luz en nosotros; mientras más perfectamente el Espíritu Santo forme a Jesús en nosotros, mejor podrán los hombres ver a través de nosotros la Luz del mundo.

"Y ahora no soy yo el que vive, sino que es Cristo el que vive en mí". (Gál. 2,20). Ser cristiano significa esa presencia de Cristo viviendo en nosotros en grados diversos. Jesús debe vivir más en nosotros, y nosotros ser más como Jesús. Hay a lo largo de la vida, y después de ella, un proceso de purificación para llegar a estar perfectamente limpios, puros, santos, libres de todo lo negativo, y poder encontrarnos cara a cara con Jesús que es perfecto amor.

El crecimiento consiste en dejar que Jesús cumpla en nuestra vida su voluntad: no lo que yo quiero, sino lo que él quiere. No es un ideal irrealizable sino una realidad. La unión con Jesús, la santidad, es para todos aquí y ahora.

Claramente el Concilio Vaticano II, en el Cap. V de la Constitución sobre la Iglesia,

nos dice: "Todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1. Tess. 4,3; cfr. Ef. 1,4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta incesantemente y se debe manifestar en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles" (39,1).

A medida que la vida de oración progresa y pasa a ser contemplación, llegamos a darnos cuenta de la presencia de Jesús: el Señor se manifiesta a nosotros, nos sana, nos habla, nos enseña directamente. Cuando la persona llega a estar inmersa en Dios como en un océano, es difícil distinguir lo que es de ella y lo que es del Señor. Así como en las facciones de un niño es difícil distinguir lo que tiene de su padre o de su madre. La parte de Cristo en nuestra vida debe crecer y desarrollarse.

Al avanzar en la vida espiritual la oración se hace más simple, al mismo tiempo la persona está más consciente de su propia debilidad, por eso es muy difícil que pueda darse cuenta de su propio crecimiento. ¿Cómo medirlo? Un director espiritual puede darse cuenta por el tipo de oración. Si la persona

es más guiada por Dios, crece más. Una indicación externa del crecimiento es la caridad, el amor que se ejercita en servicio a la comunidad.

b) Percepción

Cuando el Señor comienza a comunicarnos sus enseñanzas, nos damos cuenta de que él debe ser el principio que guíe nuestra vida. Dios no nos va a preguntar cuánto hemos orado en lenguas, ni cuánto hemos profetizado sino si hemos amado a los hermanos y lo que hicimos por ellos (Mt. 7,21; 25,40). Dios nos está llamando a servir a los hermanos, especialmente a los pobres y a todos los que necesitan ayuda en este momento. Pero no es eso lo único. Es fácil cometer el error de enfatizar un aspecto de la vida espiritual subestimando los demás. Puede suceder tratándose del amor, de la oración, del ayuno, etc. No es tan fácil encontrar el equilibrio.

Debemos ante todo reconocer la Voz del Padre. Esa Palabra que estaba con Dios y la Palabra era Dios (Jn. 1,1). La Palabra era

la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros... (Jn. 1,9.14). Debemos percibir esa palabra que Dios nos comunica en y por Jesús.

El mismo san Juan, recordando la reprensión que Jesús hace a los Judíos dice: "Vosotros no habéis oído nunca su voz... ni habita su Palabra en vosotros porque no creéis al que El ha enviado. Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5,37-39). Su vida como sus enseñanzas son las que nos muestran a Jesús. Nuestra actitud es captar, recibir, aceptar, creer en este anuncio de la Buena Nueva.

En resumen: "percepción" significa que, por la acción del Espíritu Santo, el Señor nos habla; y *percibimos su voz*. Puede darse esta voz en la lectura de las Escrituras, o al oír una predicación; puede recibirse una inspiración en la oración o en cualquier momento del día. El Señor nos habla para guiarnos como "Buen Pastor" y percibimos su voz (Jn. 10,4).

c) Comprensión profunda

Hay una convicción que tiene lugar en la profundidad del espíritu. Por ej.: caigo en la cuenta ahora, con todo mi ser, de que debo atender a las necesidades de mis hermanos, de que no tengo derecho a no compartir con ellos mis bienes. Es algo existencial; no solamente conocer una verdad sino darse cuenta, sentir, que hay que vivir lo que se ha comprendido.

Todos somos llamados a abrirnos al Espíritu, a dejarnos llevar por El a una plenitud de vida y a la perfección en la caridad. Esto nos lo afirma la Constitución sobre la Iglesia en el Cap. V: "Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad... y deben esforzarse para que siguiendo las huellas de Cristo y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo" (40,2).

A medida que pasamos a ser poseídos por Dios, el Espíritu Santo nos guía y pone dentro de nosotros la comprensión de lo que

Jesús enseña en el Evangelio; crea una convicción en la profundidad de nuestro espíritu.

Relación entre crecimiento y oración

El crecimiento está íntimamente ligado a la oración: la vida en el Espíritu está en proporción a la vida de oración. Si somos verdaderamente hombre o mujer de oración, estaremos más y más poseídos por el Espíritu del Señor, captaremos la verdad del Evangelio y lo comprenderemos en lo íntimo del corazón. La vida se transformará

Crece es amar más y más a Cristo. ¿Cómo amarlo más? Conociéndolo. El amor crece y es alimentado por la comunicación. Es lo que sucede en el matrimonio cuando se comparte la vida.

Si se habla de amar más y más a Cristo, se está hablando de comunicación, o sea de oración. Esto pone el crecimiento en términos muy simples: tu amor está en proporción a tu vida de oración. Si percibes por la acción del Espíritu Santo, si comprendes en la profundidad de tu espíritu, es porque hay

comunicación de vida, y esto sucede en la oración.

Quando creas verdaderamente en el valor de la oración vas a comenzar a dedicarle más y más tiempo.

Uno de los grandes motores de la vida moderna es el dinero. Si eres verdadero cristiano y crees que la oración es el medio más poderoso de crecimiento, te esforzarás por la oración del mismo modo que el mundo lo hace por el dinero. "Donde están tus riquezas, ahí también estará tu corazón" (Mt. 6,21).

Otro móvil poderoso es el amor. Las películas de hace treinta años solían mostrar todos los sacrificios de que era capaz un hombre por el amor de una mujer. Si creemos de veras que la oración nos pone en contacto con Jesús, haremos tiempo para ella. Cuando decimos que no tenemos tiempo, es que en realidad no creemos.

La oración nos pone en contacto con Dios que es la fuente de todos los bienes (Stgo. 1,17). El apóstol Santiago dice: "En realidad, ustedes no tienen porque no piden" (4,2).

"Si a alguno de ustedes le falta la sabiduría, que pida a Dios, que da a todos fácilmente y sin poner condiciones, y él se la dará" (1,5). El Señor nos ama y quiere satisfacer todas nuestras necesidades: físicas, psicológicas, espirituales, sociales, económicas, y las necesidades de los hombres con los cuales compartimos lo nuestro. Dios es Padre, se preocupa por nuestras necesidades grandes y también por las cosas pequeñas. Jesús dice: "Pidan y se les dará" (Mt. 7,7).

A medida que Jesús vive más en nosotros empezamos a vivir como él, a responder a los pobres como Jesús lo haría. El Espíritu Santo nos enseña, nos conduce por el camino del Evangelio de modo que la Escritura pasa a estar dentro del corazón y lo que comprendemos lo llevamos a la acción.

Hay una gran necesidad de ser alimentados por la Sda. Escritura. Mientras más se la lee bajo la inspiración del Espíritu, más se percibe su profundo significado y se la realiza en la vida. Cuando Jesús dijo: "Yo Soy el *Pan* de Vida" (Jn. 6,35) no hablaba sólo de la Eucaristía sino también de su enseñanza.

Tratándose de la oración, no sólo importa la calidad sino también la cantidad. Es un error creer que sólo cuenta la calidad, ambas son inseparables. El Señor puede estar llamando a consagrar a la oración más y más tiempo.

La oración puede cambiar el mundo; pero la mayor parte de los cristianos no cree en su eficacia. Esto se ve por ejemplo cuando se habla de rezar por los enfermos. Mientras más se ora, más se experimenta el poder de la oración.

La oración es tomar contacto con el Señor, o mejor, dejar que el Señor entre en contacto con nosotros. El está disponible las veinticuatro horas del día, como el que se encuentra al otro extremo de la línea telefónica. Llevamos en nosotros su presencia. Pero, para llegar a orar siempre hay que comenzar por tener un tiempo fijo en el cual nos comuniquemos con Dios con mayor profundidad, buscándolo en tranquila oración, esperándolo que nos hable, nos enseñe, nos guíe. Y en seguida llevaremos con nosotros esa oración a lo largo del día. El Señor nos habla de orar "en todo tiempo" (Lc. 21,36) y de permanecer en su amor (Jn. 15,9). Permanecer significa estar en la presencia del

Señor todo el día. Si vivimos con el Señor, trabajaremos mejor y seremos más compasivos.

Pidamos el don de la oración, la comprensión y el amor de la oración, para estar más abiertos a Dios:

Os Señor, tú quieres que acudamos con fiadamente a ti, como tus discípulos que te pidieron: "enséñanos a orar". Te pedimos en este momento que abras en nosotros un deseo insaciable de oración. Queremos comunicarnos contigo en alabanza, acción de gracias, intercesión. Queremos también que tu luz y verdad nos posean más y más; que tu voz sea más claramente percibida por nosotros; que crezca en nosotros la convicción de tus enseñanzas —para que podamos ser cristianos verdaderos en servicio de nuestros hermanos. Amén.

I N D I C E

Presentación	3
1. Jesús te ama	5
2. Jesús confía en ti	11
3. Creciendo en la Oración	15

COLECCION "RENOVACION"

1. Plenitud en el Espíritu Santo - *Georgina Gamarra, m.m.*
2. Amar y perdonar - *Roberto de Grandis, S.S.J.*
3. Oración con Jesús - *Roberto de Grandis, S.S.J.*
4. Liberación en Cristo Jesús - *Salvador Carrillo Alday, m.sp.s.*
5. Sanación de recuerdos - *Hna. Paulina Van Horn*
6. Crecer en la oración - *Roberto de Grandis, S.S.J.*
7. Grupos de oración - *Mons. Alfonso Uribe J.*
8. Carismas en los Grupos de Oración - *Robert Michel, o.m.i.*
9. Reconocer el espíritu - *Jacques Custeau, S.J.*
10. Los Sacramentos - *Briege Mckenna*
11. Vivir con el espíritu - *P. Philippe, o.s.b.*
12. Conocer, amar y servir - *Hna. Briege Mckenna*

Impreso en Chile